

# EL PROBLEMA DE LA LLAMADA EN EUROPA

*Thomas Halik<sup>1</sup>*

¿A qué desafíos se enfrentan los cristianos en la Europa de hoy?

¿Poseen las iglesias cristianas la suficiente vitalidad, convicción y poder de sanación para poder ayudar a hacer frente a lo que hoy amenaza a Europa: el auge del populismo? ¿O el dicho «Medice, cura teipsum» se aplica a nuestras iglesias?

¿Cuál es la situación del cristianismo en la Europa de hoy?

Cualquiera que intente responder a esta pregunta debe ser consciente de que la está viendo desde una cierta perspectiva y que esta perspectiva es necesariamente limitada. Vivimos en tiempos de pluralidad radical y para que nuestro testimonio tenga credibilidad, tenemos que ajustarlo constantemente y enriquecerlo con un diálogo que nos ayude a participar hasta cierto punto en la experiencia de los demás.

Si tratara de responder a estas preguntas basándome únicamente en *mi* experiencia *personal*, mi testimonio estaría lleno de esperanza. Quien aproveche la

---

<sup>1</sup> Sacerdote. Filósofo. Fue Secretario General de la Conferencia de Obispos Checa (1990-1993). Es profesor de sociología de la Universidad Carolina de Praga (Departamento de Estudios Religiosos de la Facultad de Artes). Capellán de la capilla universitaria y Presidente de la Academia Cristiana Checa. Ganador del premio Templeton (2014). Doctor Honoris causa por la Universidad de Oxford (2016)

oportunidad de visitar la Parroquia Académica de Praga será testigo, en medio de un país que se dice que es el más ateo de Europa (si no del mundo), de una iglesia llena de jóvenes todos los domingos por la noche. Lo que algunos consideraron como una euforia temporal después de la caída del comunismo, parece no sólo haber perdurado, sino incluso haber crecido durante los últimos 30 años. Durante estos años más de 2000 jóvenes, en su mayoría universitarios, han recibido los sacramentos de la iniciación y han surgido aquí varias vocaciones sacerdotales y religiosas. Cada dos años muchas personas comienzan el exigente camino hacia el bautismo o la confirmación, la mayoría de ellas habiendo crecido en familias ateas. Sí, puedo atestiguar que algo así es posible incluso en estos tiempos, incluso en un país como la República Checa. Puedo decir - Sí, ¡podemos! ¡con la ayuda de Dios! Es posible con la ayuda de Dios.

Todo esto es posible sólo cuando entendemos que la evangelización no es un *adoctrinamiento* sino una *inculturación*. Es posible cuando no libramos guerras culturales con el mundo que nos rodea, sino cuando nos esforzamos por comprender la cultura de nuestro tiempo y las preguntas que se hacen las personas que nos rodean. Es posible cuando no nos esforzamos por ser los dueños de toda la verdad. Reconocemos que no tenemos el monopolio de las respuestas correctas. Es posible cuando presentamos la fe como un *camino de búsqueda*, no como *una ideología*. Es posible cuando estamos dispuestos a *acompañar a* las personas, especialmente a los jóvenes, en su itinerario y convertirnos en buscadores para los que buscan, y en cuestionadores para los que preguntan. “Cuestionar es la devoción del pensar”, dijo Martin Heidegger.

Todo esto es posible cuando tenemos el valor de negar y amortiguar el deseo de respuestas fáciles a preguntas complicadas, el deseo de un mundo en blanco y negro, de certezas inexorables e inquebrantables. Todo esto es posible cuando no ofrecemos *certeza*, sino el *valor para entrar en la nube del misterio* y vivir con las preguntas abiertas y las paradojas de la vida.

En estos tiempos de “post-verdad” y de noticias falsas, la gente desea naturalmente la verdad y la certeza. Pero no olvidemos que Jesús mismo se quedó *callado* ante la pregunta de Pilato: “¿Qué es la verdad?” “No dio ninguna definición ni una respuesta simple.

Él mismo era *la respuesta*: él como persona, la historia de su vida y las historias un tanto chocantes que narraba. Jesús ha demostrado que la verdad puede ser llamada verdad *sólo si es el camino y la vida al mismo tiempo*. Es necesario dar testimonio de la verdad - la verdad real y viva es siempre el camino y la vida al mismo tiempo. La verdad no puede separarse de la dinámica de la existencia humana y encerrarse en un sistema de frases y creencias. La verdad que deja de ser el camino y se aleja de la vida no es la verdad real. En tal caso, ofrecemos piedra en vez de pan, azúcar en vez de sal, opio de la gente en vez de medicina efectiva.

No nos impresionemos por el éxito de las sectas fundamentalistas, que ofrecen una forma rápida, fácil y barata de religión sin la cruz del pensamiento crítico, que recurren a las “guerras culturales” en lugar del diálogo paciente de las culturas.

Algunos “nuevos movimientos religiosos” entendieron la llamada de Juan Pablo II a una nueva evangelización como una llamada a la “movilización religiosa”, copiando el estilo religioso pentecostal. Es necesario diferenciar entre emotividad y espiritualidad. No todas las tormentas emocionales traen consigo las llamas del Espíritu Santo.

Ha habido muchas conferencias sobre el tema de la “nueva evangelización” en Europa. Se han pronunciado muchas palabras sobre este tema. Pero para ser honesto, no veo ningún fruto significativo de esta nueva evangelización en Europa. La llamada a “una nueva evangelización” suena casi ridícula e hipócrita si no va precedida y seguida de un deseo honesto *de sanar a la Iglesia misma*.

La situación actual de la Iglesia en Europa es muy grave. La polarización dentro de la Iglesia se asemeja a la situación anterior a la Reforma, ante el gran cisma del cristianismo occidental. Y la caída de las instituciones eclesíásticas se asemeja a la situación posterior a la Revolución Francesa. Las iglesias, monasterios y seminarios están quedando vacíos, los edificios de la iglesia están siendo cerrados, vendidos y reutilizados.

Esta vez, sin embargo, la situación no es el resultado de una presión *externa* enemiga como lo fue durante el reinado jacobino del terror o de un gobierno comunista. Toda Europa pasó por varios tipos de secularización. Parece que las consecuencias de la llamada “secularización dura”, en la que el comunismo sacó a la religión de la esfera pública en muchos países (principalmente Checoslovaquia y Alemania Oriental) y la “secularización blanda”, en los países ricos de Occidente (y también en los países postcomunistas después de la caída del muro) fueron bastante similares.

Pero culpar de todos los problemas de la Iglesia de hoy al proceso de secularización y ver la secularización como un enemigo externo sería un error. Los representantes de la Iglesia que buscan a un culpable externo - y hablan del “devastador tsunami del secularismo” - ofrecen un diagnóstico *falso*. No aprecian lo profundamente entrelazados que están el cristianismo y la secularización, que la secularización es el *hijo no deseado* del cristianismo y que no sólo representa una crisis peligrosa sino también *una catarsis*, una crisis como una oportunidad para purificar y profundizar la fe.

Las razones de la crisis actual se encuentran dentro de la misma Iglesia. En los últimos años han salido a la luz verdades oscuras y ocultas: el abuso sexual de niños y jóvenes, los hijos no reconocidos de sacerdotes y el lobby gay en los niveles más altos de la estructura jerárquica de la Iglesia. Es totalmente comprensible que la Iglesia esté perdiendo credibilidad en las sociedades seculares, pero también hay una crisis de confianza dentro de la propia Iglesia. Estos alarmantes fenómenos no son más que síntomas de la crisis actual. El Papa Francisco habla de la necesidad de descubrir las *verdaderas raíces* y eliminar las estructuras que sancionaban estos acontecimientos.

El Papa Francisco describe el abuso de poder y autoridad, y el abuso de confianza como la causa principal del abuso sexual de niños y jóvenes y de la explotación de las mujeres por parte de los sacerdotes. Define este abuso de poder como *clericalismo*. Y presenta el mismo diagnóstico que se puede encontrar en la crítica de Jesús a los fariseos.

Jesús ha demostrado que aquellos que entienden la religión como un sistema de mandamientos y prohibiciones, rituales y tradiciones heredadas, se con-

vierten en jueces e inspectores y hacen de la religión una carga para otros sin misericordia. Este tipo de religión conduce a una superficialidad e hipocresía, a una doble vida: Los fariseos parecen ser puros por fuera, pero no son más que tumbas blanqueadas, llenas de podredumbre e impurezas por dentro. Jesús apela a sus discípulos para que tengan cuidado de no establecer una casta de superiores: “el que quiera estar entre vosotros como el primero, sea como el último y el servidor de todos”.

La tentación de proyectar el superego sobre los representantes de la Iglesia, de llamarlos padres (incluso “santos padres”), maestros, humanistas y líderes, es perjudicial para ambas partes. De esta manera, los “cristianos simples”, los “laicos”, se ven privados de su responsabilidad ante la Iglesia. Y aquellos que aceptan su papel de elegidos a menudo no sólo olvidan su debilidad humana, sino que también empujan sus “sombras” hacia el inconsciente. Cuanto más intentan encajar en los roles de hombres santos, menos control tienen sobre el hombre pecador en su propio corazón. Algunos llevan una doble vida, como el Dr. Jekyll y el Sr. Hyde. Los últimos años han demostrado que estos casos no son sólo excepciones.

El Concilio Vaticano II pidió la erradicación de las estructuras del clericalismo en la Iglesia (recordemos el “Pacto de las Catacumbas”). El hecho de que esta revolución en la Iglesia haya quedado inconclusa indica que el clericalismo no puede ser superado por una simple *reforma de las estructuras* dentro de la Iglesia. “El cambio de pensamiento”, metanoia, se hace necesario. Una reforma genuina requiere una revolución espiritual: la eliminación del clericalismo (“la levadura de los fariseos”) de la mente de los creyentes, tanto laicos como clérigos. La eclesiología tiene que volver a la esencia misma del Evangelio.

Esta situación, en la que el fruto venenoso del clericalismo se manifiesta sobre todo en el ámbito del abuso sexual, es consecuencia de la enseñanza y la práctica unilateral de la Iglesia después de 1968. La Iglesia respondió a la revolución cultural de ese año (y a la revolución sexual que fue parte de ella) de una manera similar a como respondió a las revoluciones político-culturales del siglo XIX - con miedo y pánico en lugar de sabiduría.

Después de la revolución francesa, la Iglesia debería haberse preguntado “qué es lo que el Espíritu trata de decir a Europa” a través de los grandes cambios en la sociedad y en la cultura. La Iglesia debería haberse acercado a la Ilustración con la sabiduría del “reconocimiento de los espíritus”, sin ingenuidad pero también sin miedo. En cambio, la “guerra contra el modernismo” mató efectivamente el trigo con la mala hierba y condujo a una autocastración intelectual del catolicismo en la era de los grandes desafíos. La Iglesia también respondió a la “ética de la autenticidad” en los años sesenta con represión y miedo en lugar de coraje y sabiduría. Detrás del excesivo énfasis en la ética sexual, en una lucha cultural para criminalizar el aborto y las relaciones entre personas del mismo sexo, a menudo se escondían los problemas sexuales no resueltos de esos mismos manifestantes. Estas cuestiones -especialmente la protección de la vida de los no nacidos- son sin duda muy importantes, pero no deben eclipsar otra cuestión sustancial como la solidaridad, la compasión, la protección de los pobres, las minorías y el medio ambiente natural. La campaña histérica contra la “ideología de género” y contra la Convención de Estambul oscureció una contribución muy importante de los estudios de género: una comprensión más profunda de los impactos culturales sobre el desarrollo de la familia y los roles sociales de mujeres y hombres.

No es de extrañar que la sociedad secular respondiera con “quita la astilla de tu propio ojo” y “atiende a tu propio rebaño”.

La Iglesia ha ido perdiendo segmentos enteros de la población europea. Primero durante el siglo XIX, la Iglesia perdió una gran parte de las clases trabajadoras y cultas, luego en los años sesenta perdió una gran proporción de jóvenes, y en “este siglo de las mujeres” está perdiendo a las mujeres.

“Un buen pastor deja 99 ovejas en el aprisco para buscar a la que se ha perdido.” A esto el Papa Francisco añade: hoy el pastor de la Iglesia debe dejar las últimas ovejas que le quedan e ir en busca de las 99 ovejas descarriadas.

Esta es la situación del cristianismo en la Europa de hoy. La tarea principal de la Iglesia hoy en día es buscar a esos 99 descarriados. Muchos de los que perdieron la confianza en la Iglesia no se convirtieron en ateos sino en “buscadores”, *se convirtieron en parte de una gran familia de buscadores, los que prob-*

*ablemente representan el mayor segmento de europeos (además de los “ateos” -los que son religiosamente indiferentes).*

El futuro de la Iglesia depende de su capacidad para comunicarse con los buscadores.

No se trata de meterlos de nuevo en las estructuras institucionales e intelectuales existentes de la Iglesia. Jesús mismo no devolvió “a la oveja perdida de la casa de Israel” a la esfera de la religión judía de la época, sino que le ofreció un Nuevo redil, un nuevo camino y un nuevo vino. Tenemos que abrir y ampliar el espacio de la Iglesia, ampliarlo con la experiencia de los buscadores. Debemos abrir, ampliar y profundizar especialmente las estructuras mentales, intelectuales y espirituales de nuestro cristianismo.

La religión no ha desaparecido durante el período de secularización, sino que se ha transformado. Una de las transformaciones de la religión en nuestro tiempo es el intento de convertir la religión en una ideología política. Esto no sólo concierne al Islam, sino también al cristianismo.

Algunos políticos que se enfrentan al creciente número de musulmanes en Europa hoy en día, están pidiendo el regreso de la “Europa cristiana” y de los “valores cristianos”. La nostalgia y la utopía del romanticismo del siglo XIX está cobrando vida en la ideología y la terminología de la derecha actual. Estos llamamientos, procedentes de los políticos nacionalistas y populistas del mundo poscomunista que apenas han leído el Nuevo Testamento, suenan extremadamente dudosos. En su llamada a los “valores cristianos”, las visiones románticas del pasado cristiano de la Europa premoderna se mezclan con la ideología del “catolicismo sin cristianismo”, que se asemeja a la Acción Francesa y a la ideología de los gobiernos autoritarios de los años treinta. Muchos discursos encendidos sobre la necesidad de “proteger los valores cristianos en Europa” (especialmente cuando se trata de difundir el miedo a los inmigrantes y a los musulmanes) no son más que palabras vacías, burbujas, que cubren las aspiraciones al poder de los populistas y sus luchas por sustituir una democracia parlamentaria por un sistema autoritario.

Esta situación puede observarse hoy en día en Polonia y Hungría. Cuando vi a multitudes de simpatizantes de La Ley y la Justicia en Varsovia marchando con las pancartas “Queremos a Dios” mientras proclamaban consignas antisemitas, tuve que preguntarme qué clase de Dios quieren realmente. Ciertamente, éste no puede ser el Dios que Jesús de Nazaret llamó “mi Padre”.

En muchas partes de Europa hoy podemos ser testigos de nuevo de la sustitución de Dios por una nación, de la sustitución de la fe cristiana por una idolatría peligrosa: la xenofobia y el populismo.

El régimen ruso de Vladimir Putin dirige una guerra híbrida sistemática muy peligrosa contra Occidente y el mundo democrático en su conjunto. Uno de los principales objetivos es socavar la confianza en la Unión Europea en los países postsoviéticos. Es paradójico que los principales aliados de esta propaganda rusa sean en realidad antiguos enemigos: los comunistas y ex comunistas por un lado y los cristianos conservadores por el otro. Particularmente los simpatizantes del movimiento cismático de Marcel Lefebvre retratan a Putin en las plataformas de los medios sociales como el próximo San Constantino que conducirá a los cristianos a la guerra santa contra el corrupto Occidente.

En una línea similar, Viktor Orbán ofrece el modelo de una “democracia no liberal”, que es sólo una palabra clave para un *Estado autoritario* que elimina paso a paso los pilares de una sociedad libre, el Estado de Derecho y la democracia parlamentaria: la independencia de los medios de comunicación, de las universidades, del Tribunal Constitucional y de las organizaciones sin ánimo de lucro, etc.

Los políticos populistas están tratando de ganarse a las iglesias con la promesa de varios privilegios. Si se produce una “asociación registrada” entre la Iglesia y los populistas en el poder, se produciría una pérdida fatal de credibilidad para la Iglesia, empezando por la pérdida de confianza de los jóvenes y de los intelectuales y luego de los habitantes de las grandes ciudades. Esto ya está ocurriendo en Polonia, Hungría y Eslovaquia. El resultado final podría ser una secularización sorprendentemente rápida de los países tradicionalmente católicos.

Hoy en día, en muchas partes del mundo occidental, especialmente en Europa y los Estados Unidos, el cristianismo se encuentra entre Escila y Caribdis, entre dos extremos peligrosos que se necesitan y, al mismo tiempo, se provocan y, por lo tanto, se refuerzan mutuamente: por un lado, el liberalismo extremo y el laicismo y, por otro, el fundamentalismo cristiano. En estos momentos, la mayor amenaza para la unidad europea y para todo el proceso de integración europea es un nacionalismo y un populismo que abusan de los símbolos cristianos.

Los cristianos capaces de leer los signos de los tiempos y de sentir responsabilidad por el futuro del cristianismo en Europa deben tener el valor de decir un claro “NO” al abuso del cristianismo en la retórica de populistas como Viktor Orbán, Kaczynsky y otros.

Los cristianos deben buscar, en la política, la compatibilidad mutua entre el cristianismo y el humanismo secular, la sana laicidad a la que apeló el Papa Benedicto XVI.

Es precisamente esta sociedad abierta y la democracia liberal, que se sostiene y cae con la existencia del libre debate público y la confrontación mutua de opiniones críticas, la que no sólo constituye el espacio más adecuado para el crecimiento de la sociedad civil, sino también un entorno increíblemente necesario para la vida y el funcionamiento de la Iglesia. Las formas patológicas de religión se petrifican ante una sociedad liberal y quisieran librar “guerras culturales” y “cruzadas” contra el liberalismo, que son batallas perdidas. El liberalismo que da la espalda a sus raíces cristianas y el cristianismo que da la espalda a los principios de una democracia liberal representan una amenaza similar.

Un cristiano no puede ser nacionalista, como dijo claramente el Papa Francisco. El nacionalismo es un egoísmo nacional, una pérdida de solidaridad con la comunidad que es Europa. Un patriotismo sano de los cristianos se manifiesta a través de la solidaridad con otras naciones europeas, ya que sólo una Europa unida puede hacer frente a los retos de potencias no democráticas como Rusia y China. Sólo una Europa unida, no un Estado nacional único, puede resolver los grandes problemas como el calentamiento global, las crisis

financieras, la migración y los ataques híbridos de la Rusia de Putin. El caos político que surgió en el Reino Unido tras el estúpido e irresponsable voto del Brexit debería servir de advertencia contra el aislacionismo. Gran Bretaña está en camino de convertirse en una Gran Bretaña pequeña y caótica. Miramos el océano esperando al próximo presidente que ayudaría a “hacer que Estados Unidos piense de nuevo”.

Volvamos a la idea de restaurar la Iglesia.

El libro de Ron Dresher “The Benedict Option” ha sido traducido a varios idiomas en los últimos años. El autor llama a los cristianos a retirarse del mundo secular corrupto y a crear una “sociedad paralela”. Dreher tomó prestado este término de los disidentes checos Václav Havel y Václav Benda. Pero lo que era necesario en tiempos de persecución y de un Estado totalitario es una tentación peligrosa en una sociedad democrática.

El Concilio Vaticano II pidió a la Iglesia un éxodo de una forma encogida de “catolicismo” hacia un auténtico catolicismo del cristianismo. Este proceso, que disminuyó rápidamente durante los años ochenta y noventa, está siendo renovado por el Papa Francisco. Me temo que la llamada “Opción Benedicto” es sólo una opción para aquellos que quieren ir en la dirección opuesta. La Iglesia como “sociedad paralela” es un proyecto anticatólico que convertiría a la Iglesia en una secta o incluso en un conglomerado de sectas incomunicadas y reñidas entre sí.

Un atributo esencial del catolicismo es el ecumenismo. El cristianismo contemporáneo está dividido, pero la línea divisoria no corre entre varias iglesias sino a través de ellas. No son las diferencias en teología o liturgia las que actualmente dividen a los cristianos, sino las diferencias en psicología. Un psicólogo estadounidense, Gordon Allport, definió dos tipos de religiosidad: extrínseca e intrínseca. El tipo extrínseco ve la religiosidad sólo como un medio para alcanzar un fin, como una herramienta que se sirve a sí misma, por ejemplo, para fortalecer la identidad nacional o para defender los valores culturales y los objetivos políticos de un determinado grupo. Para el tipo intrínseco, la fe religiosa es la meta. Más tarde, Batson añadió un tercer tipo: la fe como una búsqueda, como un viaje. Creo que este tipo de fe es la más prometedora para el futuro.

Al principio mencioné algunas de mis experiencias positivas en la Parroquia Académica de Praga. Hay muchos lugares dinámicos como éste en Europa.

Pero ni siquiera el panorama agradable de una iglesia llena y el número de adultos bautizados debería impedirnos hacer muchas preguntas escépticas. Cuando estos nuevos cristianos abandonen la Parroquia Académica, pronto descubrirán un tipo de Iglesia bastante diferente en muchas de las parroquias del país. La situación en nuestro país se repite en muchos otros países europeos.

Muchos de los representantes de la Iglesia todavía perciben la red de parroquias y el “catolicismo parroquial” como la forma predominante (y con bastante frecuencia la única) del compromiso de la Iglesia. Pero esta estructura ha perdido su entorno sociocultural natural: la sociedad rural tradicional.

El cambio de estilo de vida y de modo de pensar de la generación más joven, influenciada por los medios de comunicación social, y la disminución constante del interés por el sacerdocio, incluso en las zonas rurales, muestran claramente que este tipo de Iglesia se irá extinguiendo.

Todavía hay parroquias en las que una comunidad de creyentes participa en las estructuras y en la vida de una sociedad civil y, junto con el compromiso litúrgico y catequético, participa en proyectos culturales y sociales locales; estas parroquias son la excepción. Donde la Iglesia se ha retirado dentro de sus propios muros en un intento de lograr una “polis paralela”, pronto surgirán algunas formas patológicas de religión, típicas de las sectas. Donde las actividades sociales ensombrecen completamente la vida espiritual, la comunidad pierde su propia identidad y se disuelve en una sociedad secular.

La mayoría de los países occidentales se enfrentan a una disminución catastrófica del número de sacerdotes. El número de seminaristas está cayendo en picado en toda Europa. Y si algunos seminarios notaron una oleada de hombres interesados en la vocación sacerdotal, entonces los responsables de algunos de esos seminarios están más bien preocupados por los perfiles psicológicos del solicitante. Tienden a ser hombres jóvenes e inmaduros que quieren compensar sus inseguridades y ansiedades internas con una propensión al tradi-

cionalismo rígido y al clericalismo. No lograron crear su propia identidad personal dentro de sus familias, por lo que buscan una identidad colectiva sólida. Su mentalidad se asemeja a la de las personas que se unen a sectas o grupos de radicales de derecha o de izquierda. A veces el tradicionalismo puede ser una “enfermedad infantil” de los nuevos conversos que se desvanece con el tiempo. A veces puede intensificarse, con la confrontación de la realidad del mundo exterior, en alguna forma de “autismo” o fanatismo.

También es importante reconocer que en el pasado la gente buscaba una vocación sacerdotal por motivos distintos a los religiosos. Un sacerdocio significaba un inmenso prestigio social y también apoyo material, no sólo en los países en vías de desarrollo (principalmente en África), sino también en algunos países tradicionalmente católicos (por ejemplo, Polonia), lo que está cambiando hoy en día. La disminución del prestigio puede atribuirse al conocimiento público de una cantidad escandalosa de delitos sexuales en la Iglesia, principalmente el abuso de niños.

Una menor afluencia al sacerdocio también puede atribuirse -aunque no totalmente- al voto de celibato. Muy a menudo los seminarios no son capaces de ofrecer una preparación espiritual y psicológica adecuada para una vida de celibato (la transformación de la energía sexual en energía espiritual) y el impacto de una sexualidad reprimida se manifiesta de manera bastante dramática hoy en día - incluyendo los escándalos de abuso sexual antes mencionados.

Conozco a muchas personas maravillosas que serían excelentes sacerdotes, pero debido al voto de celibato nunca persiguieron la vocación. Por otro lado, conozco a algunos de los que no deberían haber sido sacerdotes, pero lo hicieron para ocultar su orientación homosexual o su falta de madurez personal. Leon Bloy señaló sucintamente que algunas personas que no aman a nadie creen que aman a Dios y que deben ser sacerdotes o entrar en una orden religiosa.

Como la orientación homosexual deja de ser un estigma en nuestra cultura, afortunadamente, esta motivación para el sacerdocio está disminuyendo. Por otro lado, también significa una marcada falta de candidatos al sacerdocio.

Si los convertidos conservan la vitalidad de su fe incluso después de la luna de miel de la primera euforia, tienen que aprender a enfrentarse no sólo al ambiente secular, sino también a los peligros y traumas que muy probablemente encontrarán dentro de la Iglesia misma. Deben resistir la tentación de crear un “gueto católico” como búnker protector, para volver a percibir la Iglesia como una fortaleza bajo asedio. Parece que algunos católicos no aprendieron de las lecciones de la “batalla del antimodernismo” a principios del siglo XX, que condujeron a la muy desafortunada autoastración de la Iglesia y a la pérdida de una gran parte de la intelectualidad creadora y pensante en tiempos en los que precisamente la Iglesia más los necesitaba.

¿Qué es lo que realmente buscamos como cristianos, qué es lo que deseamos y esperamos cuando hablamos de la restauración de la Iglesia y de una «nueva evangelización»? ¿Cuál es el objetivo y cuál debe ser la medida del éxito? ¿Esperamos que las iglesias, monasterios y seminarios de todo el mundo se llenen de nuevo? Eso sería un milagro. Se nos permite rezar por un milagro, pero no debemos calcularlo ni contar con él.

El velero del cristianismo tradicional de ayer se está hundiendo y no deberíamos perder tiempo reorganizando las tumbonas del Titanic. Si alguien cree que la tormenta que rodea al abuso sexual simplemente pasará y todo volverá a la normalidad, está muy equivocado. Si hay algún tipo de futuro para el cristianismo en Europa, aparte de como una secta ensimismada, será necesario tomar en serio el carácter pascual de la fe cristiana. La parte esencial de la historia de Jesús y de la Iglesia es, después de todo, la muerte y la resurrección.

La muerte es importante e inevitable. La resurrección no es un simple retorno al pasado, al estado anterior (*status quo*).

Los Evangelios dicen que Jesús es transformado por la experiencia de la muerte. Ni siquiera sus seres queridos lo reconocieron. Los discípulos de Emaús lo vieron como un extraño, un viajero desconocido, María Magdalena lo consideraba como un jardinero, y el Apóstol Tomás lo reconoció sólo por sus heridas. En la historia de la Iglesia, la muerte y la resurrección están siempre entrelazadas, al igual que la crisis y la restauración, incluso hoy.

Mientras que una forma conocida de cristianismo -la que nació como reacción a la Ilustración y a la ética de la autenticidad de los años sesenta- está llegando lentamente a su fin, tal vez Jesús está llegando en forma de extraños, de viajeros desconocidos, en forma de heridos. Los populistas enseñan a la gente a gritar: ¡Fuera con ellos! ¡A la cruz! La pragmática cínica del poder pregunta junto con Pilato: ¿Cuál es la verdad? ¿Qué valor se puede encontrar en la verdad, para qué sirve? Vivimos en la era de la post-verdad! Un fariseo pregunta, para justificar su indiferencia: ¿Quién es mi prójimo? Tiene que haber una línea, no puedo aceptar a todos como mis vecinos o mis semejantes!

Y Jesús lanza estas preguntas: no preguntes quién es tu prójimo, sino hazte prójimo para aquellos que te necesitan. No preguntes cuál es la verdad, ¡sino practica la verdad a través del amor! No mires atrás con nostalgia como la esposa de Lot, que se convirtió en una columna de sal, sino sé la sal de la tierra. No mires al cielo, como hicieron los discípulos después de la Ascensión del Señor, sino mira a tu alrededor y busca a Cristo en los que están heridos. Él está con nosotros siempre, incluso hasta el fin de los tiempos. Pero a menudo Él está con nosotros de incógnito, y confiar y creer en Él significa buscarlo una y otra vez.

Para la mayoría de los europeos, Dios ya no es un Dios evidente, sino que se ha convertido en un Dios extraño y desconocido. Me he preguntado si esto no representa una gran oportunidad para el cristianismo que hasta ahora no se ha aprovechado.

He recordado la conocida escena de los Hechos de los Apóstoles, del sermón de Pablo en el Areópago de Atenas. Pablo alaba en primer lugar a los atenienses por su devoción a la hora de erigir altares a tantos dioses, de modo que incluso recuerdan a “un Dios Desconocido”, cuyo altar le había intrigado particularmente. Estoy seguro de que lo que ocurrió en el Areópago es paradigmático a su manera. El altar de un Dios desconocido” es precisamente el “topos” más apropiado para proclamar el mensaje cristiano. Estoy convencido de que si alguien quiere predicar la Buena Nueva del paradójico Dios de la Biblia, tiene que encontrar el “altar de un Dios desconocido”.

No es de extrañar que el mundo antiguo -un “mundo lleno de dioses”- considerara durante siglos a los judíos y cristianos como ateos. Hablar de Cristo junto a un altar dedicado a dioses familiares sería una blasfemia o correría el riesgo de un malentendido aún mayor que en aquella ocasión en el Areópago ateniense. Tal vez lo que llamamos secularización, crítica y socavamiento de la religión, ateísmo, etc., no es más que despedirse de los dioses conocidos y familiares y, por lo tanto, una gran oportunidad para limpiar y abrir un espacio en el que podamos escuchar de nuevo el mensaje de Pablo.

Pablo dice: “(Dios) no está lejos de ninguno de nosotros. Porque en él vivimos, nos movemos y existimos...” Significa: el “Dios desconocido” no es un Dios lejano. Al contrario, está increíblemente cerca de nosotros. Es desconocido no porque esté demasiado lejos, sino porque está demasiado cerca. Después de todo, sabemos menos de lo que está más cerca de nosotros, de lo que nos es más propio, de lo que damos por sentado. Ninguno de nosotros ha visto su propio rostro, sólo vemos su imagen en un espejo. Y sólo podemos ver a Dios en un espejo. Pablo quiere mostrar a los atenienses el “rostro” del Dios desconocido, que está demasiado cerca, como se refleja en la historia de Jesús de Nazaret, sobre todo su clímax paradójico: la cruz y la resurrección.

¿No es esta situación en la que, para una gran parte de los europeos, Dios es un dios desconocido y extraño, una llamada a un “nuevo areópago”?

Lo más importante que podemos hacer hoy para la restauración del cristianismo en Europa es crear plataformas de diálogo, estudio y reflexión, donde podamos examinar los “signos de los tiempos”, escuchar las preguntas de los demás y aprender a buscar juntos las respuestas adecuadas.

